

**LECCION**  
**DEL DOS DE MAYO**  
**DE 1808**

**MMXVIII**

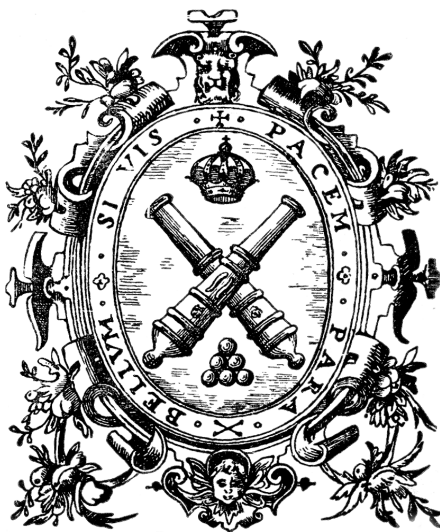


# LECCIÓN DEL DOS DE MAYO DE 1.808

ELOGIO DE LOS CAPITANES DON LUIS DAOÍZ Y DON PEDRO  
VELARDE, HÉROES DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA, MUER-  
TOS EN EL SERVICIO SUPREMO A LA PATRIA; RELATADO POR  
EL CAPITÁN DEL ARMA:

DON JOSÉ MANUEL MARTÍN AREAL

AÑO



2018

Editado en Segovia, Imprenta de la Academia de Artillería



*“Esta lección del dos de mayo de 2018 fue impartida en el Alcázar de Segovia, por el Capitán Profesor de la Academia de Artillería, Don José Manuel Martín Areal, para conmemorar los sucesos ocurridos en Madrid el dos de mayo de 1808.”*





Excelentísimo Señor Teniente General, Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades, Señores Oficiales, Alféreces Cadetes, Señores Suboficiales, Sargentos Alumnos, Alumnos, Artilleros, Señoras y Señores





**N**uevamente, nos reunimos los artilleros, al pie de este glorioso monumento, para conmemorar la gesta de nuestros dos compañeros que mayor gloria han dado al Cuerpo de Artillería. Gesta que sucedió hace ahora 210 años y que, desde 1941, se repite de forma ininterrumpida al pie de los recios muros que conforman la fortaleza del Alcázar, primera sede del Real Colegio de Artillería y cuna donde se forjó y templó el espíritu de los Capitanes Daoíz y Velarde, a quienes hoy rendimos homenaje.

Esta conmemoración es, por un lado, recuerdo de luto, pero a la vez de honor y eterna gloria por lo que supuso el dos de mayo de 1808, y más concretamente, los sucesos del Parque de Monteleón. En ella recordamos no solamente a aquellos que

rindieron con el tributo de su vida su amor a España y que su nombre permanece en la memoria colectiva, como Daoíz, Velarde, Ruiz, Pacheco, Rojo, Malasaña, Clara del Rey, Benita Pastrana, etc., sino también a otros muchos, cuyo anonimato ha mantenido la historia, pero que sin duda son igualmente merecedores de elogio.

Para conmemorarlo nos reunimos todos los artilleros en cualquier lugar de nuestra Patria en el que esté presente la Artillería, para dar continuidad, vigencia y actualidad al Real Decreto de la Regencia de 7 de julio de 1812, en el que se dispusieron diferentes medidas para mantener vivo el recuerdo de estos ilustres hombres y servir de estímulo a seguir su ejemplo.

En virtud de dicho Real Decreto, he sido designado para impartir hoy la Lección del 2 de Mayo. Es para mí un honor como español, como militar y como Capitán de Artillería, impartir esta lección, tratando de conservar el espíritu que el Brigadier Don Joaquín Ruiz de Porras expuso en el “Elogio Fúnebre de Daoíz y Velarde”, y que redac-

tó, por Orden de Don Martín García y Logorri, Director General de Artillería, para ser leído a todos los Cadetes al comenzar el curso escolar. Esta lección se proponía como la más importante del curso en este entrañable Alcázar, cargado de recuerdos para todos los artilleros.

Pero antes de que rememoremos los hechos que durante más de dos siglos han instituido a la Artillería como protagonista del día en el que los españoles, unidos, iniciaron la lucha por su independencia, hagamos una breve reseña de los héroes que fraguaron tan señalada gesta.

D. Luis Daoiz y Torres nació en Sevilla el 10 de febrero de 1767. A los 15 años ingresó en el Real Colegio de Artillería de Segovia. Participó en la defensa de Ceuta y la campaña de Orán, donde ascendió al empleo de Teniente por sus destacados servicios.

Militar comprometido, formando parte del Ejército del Rosellón cayó prisionero y fue deportado a Toulouse, donde permaneció cautivo algo más de un año. Esa triste vi-

vencia no mermaría en absoluto su afán de servicio, pasando a formar parte de la Esquadra Océano con la que realizó dos viajes por el continente americano.

Como técnico e historiador, participó en varias comisiones facultativas y recibió el encargo de escribir la Historia General de la Artillería española. Durante los acontecimientos del dos de mayo se encontraba destinado en Madrid como Capitán del 3er Regimiento, al mando de la Tercera Compañía, destacada en el Parque de Artillería de Monteleón, en Madrid. Fue hombre de guerra pero a su vez moderado y prudente, por lo que se ganó entre sus compañeros el apodo de “el anciano”. El dos de mayo de 1808 contaba con 41 años.

Don Pedro Velarde y Santillán nació en Muriedas (Santander) el 19 de octubre de 1779. A los 14 años ingresó en el Real Colegio de Artillería de Segovia. De carácter franco y alegre, era impetuoso y audaz. Se dedicó especialmente al estudio de las lenguas, historia y política. Entre sus compañeros se ganó el título de “genio militar”.

Tomó parte en la campaña de Portugal. Estuvo destinado en el 4° y 5° Regimientos de Artillería. Tras ascender a Capitán, pasó destinado como profesor a la Academia, al ser reclamado por sus superiores gracias a su acreditada formación técnica y sus innovaciones en el material, trabajos e informes. En 1807 pasó destinado a Madrid, como secretario de la Junta Superior del Arma, cargo que ostentaba cuando protagonizó los hechos que se relatan. Tenía entonces 28 años.

Vemos pues que ambos Capitanes eran hombres de acción al tiempo que ilustrados, al igual que se pretende hoy en día con vuestra formación de alumnos.

Los hechos históricos que a continuación reseñaré, son mucho más que hechos históricos heroicos; más bien son los pilares que sustentan lo más íntimo de la milicia y del arma de Artillería. Nuestro himno, el de los artilleros, tantas veces cantado en tantos acuartelamientos en territorio nacional y en las diversas zonas de operaciones, y que en breves instantes cantaremos,

es fiel reflejo de lo profundo que los valores desplegados en tan heroica jornada han arraigado, arraigan y arraigarán los principios de quienes ejercemos la profesión de las armas ante las amenazas a nuestra soberanía, y que quedan plasmados en el artículo 3 de nuestras Reales Ordenanzas como el primer deber del militar.

El inicio del siglo XIX en Europa queda determinado por una expansionista Francia que, gracias al también artillero Napoleón Bonaparte y al más fuerte ejército conocido hasta la fecha, inicia una imparable expansión por el continente europeo con el fin de aislar Inglaterra de cualquier relación con Europa.

Sin embargo dos obstáculos consiguen detener este afán imperialista: la dureza de la climatología invernal en suelo ruso y la dureza del espíritu español, ardiente de preservar su carácter nacional independiente de cualquier conquista extranjera.

Napoleón, con el pretexto de dirigirse hacia Portugal, consigue controlar los pun-

tos estratégicos de nuestra geografía, desplegando sólo en Madrid 35.000 efectivos. Además consigue atraer al Rey Fernando VII a Bayona, donde le obliga a renunciar a sus derechos en beneficio de su hermano, José Bonaparte.

El pueblo español, alarmado por la intención francesa de trasladar a Francia al infante D. Francisco de Paula, último vestigio de la monarquía española, se aglomera en torno al Palacio Real con la intención de evitar tal hecho. Enterado el General Murat de tal resistencia, enseguida envía al lugar dos piezas de artillería que, sin advertencia alguna, abren fuego sobre la muchedumbre, que sale en retirada dejando atrás una escena sangrienta. Sin embargo, el sonido y efectos de esas piezas de artillería hicieron aunar un espíritu nacional que ya nadie podría detener hasta la expulsión de los franceses de suelo español.

El exasperado pueblo español, independientemente de la condición social, salió a la calle para arremeter contra todo francés que pudiese encontrarse. Sin embargo las

tropas invasoras opusieron una implacable resistencia, dirigiéndose hacia la Puerta del Sol y otros puntos estratégicos de Madrid y arrollando a cuanta multitud se opusiera a su avance.

Donde la resistencia tuvo un carácter más formal fue en el Parque de Artillería establecido en el palacio de Monteleón. A él acudieron los madrileños en busca de armas y municiones. Se incorporó al Parque el Capitán de Artillería D. Luis Daoiz, seguido al poco rato de D. Pedro Velarde y una compañía de Voluntarios del Estado; en total unos 71 militares, momento a partir del cual marcharon unidos, siempre unidos. Entre sus cuadros de mando estaba el Teniente de Infantería Don Jacinto Ruiz Mendoza, otro de los héroes de la jornada.

Daoíz, hombre disciplinado y reflexivo, mantenía una gran lucha en su interior. Por un lado, las tropas españolas habían recibido la orden de no intervenir, pero por otra parte su patriotismo le impulsaba a entregar las armas al pueblo y luchar contra el invasor. La presencia de Velarde



precipitó los acontecimientos, pues permitió a la orden de Daoíz de "...las armas al pueblo...", la distribución entre la indefensa población de sables, fusiles, piedras de chispa y cartuchos. Una vez distribuido el armamento, la mayoría salió a la calle nuevamente y se dispersaron por todo Madrid, luchando valientemente contra los franceses. Las puertas del Parque se volvieron a cerrar con una exigua fuerza en su interior, unos 80 hombres.

Apenas habían tenido tiempo los defensores del Parque de organizar la defensa, cuando aparecieron por la calle de Fuencarral tropas enemigas. La División del General Lefranc, había penetrado en la Villa, para ponerse en comunicación con las tropas situadas en la Puerta del Sol y en la plaza de Palacio, debiendo antes tomar el Parque.

Los gastadores enemigos se disponían a forzar la puerta del cuartel, cuando a la voz de ¡fuego! de Daoiz hicieron una descarga los cañones colocados en el patio, y al oír del cañón el estampido, les hizo a los defensores su sonido enardecer. Ante

la agresión, los invasores huyeron en desorden. Sin pérdida de tiempo, dispuso Daoiz abrir la destrozada puerta y sacar tres cañones para poder batir más eficazmente al enemigo.

Las fuerzas francesas tuvieron que llevar a cabo hasta una tercera ofensiva, la más dura y sangrienta de todas, contra los defensores para poder hacer mella en su férrea defensa. Así, dos Batallones en masa se lanzaron sobre aquel reducido número de españoles, los cuales, faltos de municiones, pero exaltados por su Amor a la Patria, se defendieron en desigual combate con desesperado valor frente a un enemigo que en última instancia, consiguió vencerles.

**A** sí, evocando la mágica grandeza de nuestra patria, morir supieron por salvar su honor. Pedro Velarde había caído muerto de un balazo y Daoiz, rodeado por todas partes, cayó acribillado a bayonetazos. La compañía de Voluntarios del Estado, se retiró sin más bajas que la del Teniente Ruiz, héroe y orgullo de nuestra patria y de nuestra Infantería.

Así terminó el día en el que un puñado de artilleros y paisanos, con un corazón más grande que sus propios cuerpos, sin apenas municiones, sin trincheras, sin parapetos, a pie firme y pecho descubierto, se enfrentaron a un formidable ejército, con la idea y la certeza de que al final vencerían al invasor y lo expulsarían de su patria.

Este pueblo nuestro, al verse desamparado por el poder constituido, no se calló acobardado, se lanzó a la calle y se convirtió en el héroe de la epopeya. Daoíz y Velarde, junto a todos los que les acompañaron y murieron en el Parque, fueron el detonante de la gran bomba que detonó en el corazón de todos los madrileños y que, posteriormente, se extendió por toda España y supuso la primera gran derrota y el inicio del declive de Napoleón; aquél que era invencible en los campos de batalla europeos.

Hoy, como Capitán de Artillería, me gustaría destacar dos cualidades dignas de reseñar de nuestros héroes conocidos y anónimos de tan señalada fecha. La primera es su infinito amor a nuestra patria, sabedores de

la necesidad de derramar su sangre por una España que les mira siempre amante. Con tan elevado tributo consiguieron de la patria su nombre engrandecer. Una nación puede ser despojada de sus bienes materiales; pero mientras permanezca inalterable el espíritu, ese espíritu que diariamente vais asimilando en vuestra formación, puede frustrar los planes del más poderoso en aras de la libertad por la que todos luchamos.

En segundo lugar me gustaría destacar la capacidad de decisión de ambos Capitanes, quienes, aislados en el interior del parque y ante el cariz que estaba tomando la situación, marchando siempre unidos, decidieron entregar las armas al indefenso pueblo, de quien mana nuestra razón de ser, para poder defender nuestra soberanía. El Ejército luchando con y por su pueblo. Por eso, el recuerdo de nuestra historia militar dice patria, dice gloria y dice amor.

Por último, quiero destacar la gran importancia de nuestro día a día como fragua donde se forjan los espíritus que, si nuestro país así nos lo pidiera, desarrollarían

todo lo necesario para estar a la altura de los que nos precedieron. Tened presente que los héroes no nacen, se hacen. Ser héroes en la guerra es difícil, pero más difícil aún es en la paz. En la rutina diaria, en la realización de los servicios propios de nuestro empleo, en la instrucción y en el adiestramiento de nuestras unidades, en el trabajo y estudio diario, aquí es donde vamos a forjar al héroe de la paz. Este héroe anónimo que día a día va tratando de mejorar y haciendo que mejoren sus subordinados. La superación de dificultades en nuestro quehacer diario, son sin duda, los ladrillos de los pilares de las virtudes militares.

Nuestros héroes fueron unas personas que lucharon por el honor y la dignidad de un pueblo y de una patria. Tal sacrificio, voluntario y consciente, constituye la afirmación del espíritu de unidad y patriotismo de aquellos españoles que supieron revelarse, resistir y rechazar al invasor de su tierra. Vivieron y murieron con el pensamiento puesto en el Honor, la Grandeza y la Libertad de la Patria.

**E**sta es la lección que nuestros predecesores nos han dejado grabada para siempre, demostrando que la Artillería, con tan preciado himno, fue, es y será verdaderamente la ULTIMA RATIO REGIS.







LAUS DEO





